

honrado no puede impunemente ser convertido en guarida de perturbadores que vilipendian, con su criminal conducta, el país que los hospeda, y las instituciones que los amparan." Firma esta nota el doctor Santiago Pérez.

(Continuará).

JOSÉ GNECCO LABORDE

LA METAFÍSICA DEL DR. CARRASQUILLA

Bogotá, diciembre de 1914

Señor don N. N.

Estimado amigo :

Voy a contestar en carta pública, para cumplir un deber profesional y patriótico, la pregunta que me hace usted (pensando bondadosamente que pueda ser acertado mi consejo) sobre el texto de filosofía que más convenga, en mi concepto, para la enseñanza de esa materia en el colegio que usted se ha encargado de dirigir.

Durante siete años enseñé filosofía por Vallet en la universidad del Cauca, y un año más por Ginebra. Ambos autores, como el cardenal González, de quien también me auxilié, desarrollan con pureza y precisión la doctrina de Santo Tomás, recomendada para la enseñanza por la Santa Sede. Son sus textos meritorios en nuestro país, pues con ellos se inició, hace más de un cuarto de siglo, la reforma fundamental de los estudios filosóficos, que ha dado vigor y solidez al pensamiento de nuestros escritores, y puesto en evidencia la inferioridad de teorías que, como la spenceriana, no son sino esfuerzos inútiles para devolver la vida a otras que murieron en la lucha intelectual. Esos libros ocuparán puesto distinguido en la historia de la educación colombiana y por muchos años merecerán hallarse en manos de estudiantes y profesores.

Varias veces pensé, sin embargo, en que aquellos famosos libros ganarían mucho, como obras didácticas,

exprimiendo un poco su sustancia, exponiéndola de manera más sencilla, aclarando algunos puntos y reduciendo su volumen. Pero en materia tan delicada y difícil, no fui osado a meterme (si se exceptúan mis programas de lógica y antropología, que tengo en prensa), a pesar de que me he atrevido en otras, si bien como mero expositor didáctico, sin humos de maestro y sólo por razón de método.

¡La metafísica, no!

Celebro haber respetado ese campo, donde sólo inteligencias superiores, de sagaz mirada y poderoso vuelo, son capaces de percibir y reproducir los lineamientos generales del sér. Allí una palabra mal empleada, una definición imprecisa, el auxilio de la imaginación, el temor mismo de errar, han sido con frecuencia piedrecillas que tuercen la dirección del pensamiento a la verdad. Dijo Descartes que substancia es aquello que existe por sí mismo, a diferencia del accidente, que sólo por ella y en ella puede existir; y de esto, que en el fondo no encerraba error alguno para el pensamiento de Descartes, pero que sólo envolvía en la forma de la expresión, dedujo Spinoza el panteísmo. La poderosa imaginación de Goethe, la fantástica de Hegel, la no menos brillante de Fichte les llevaron a explicaciones poéticas del universo; y Malebranche, Beautin, Gratry y otros muchos cayeron en el ontologismo o el tradicionalismo por temer excesivamente nuestra capacidad de errar.

¡No! La metafísica, cúpula inmensa con que se cierra, corona y unifica la ciencia humana, no debe ser obra sino de los Rafaeles del pensamiento. Los demás debemos limitarnos a ver, estudiar y admirar esa obra; y antes que tocarla y reformarla, preferiría yo decir con Spencer que eso es lo incognoscible y, por lo tanto, lo imposible para el hombre.

Pero hé aquí que hace un año salió de las prensas de *La Luz* un libro cuyo título y nombre de autor llamaron mi atención al punto: "*Lecciones de metafísica*

y ética, por el Presbítero Rafael María Carrasquilla." Este nombre, ya ilustre como pocos en Colombia y llamado a serlo en la historia de la civilización americana, era una garantía de la bondad del libro. Yo no dudé, no podía dudar de la pureza de la doctrina, conocidas como tenía la ilustración ortodoxa y la gallarda inteligencia del autor; tampoco de la galanura de estilo de quien preside nuestra Academia de la Lengua; pero confieso el temor que tuve *a priori* de que la doctrina estuviese como diluída en aparente claridad de dicción, o fuese llevada, como en hombros de gigante, de una cumbre a otra cumbre, y temí que nuestros jóvenes no pudiesen extraerla o seguirla sin gran trabajo. Recordaba estas palabras de don Rafael María Merchán: "Los que hablan español... a las veces imprimen páginas enteras, para cuya comprensión se necesita saber tanto como sus autores. Es una especie de tradición que parece existir entre los sabios de nuestro idioma."

Quise hacer un ensayo y adopté el libro en mi colegio, sin tiempo para leerlo y juzgarlo. Empecé mis lecciones y, como de costumbre, hice, en las primeras, esfuerzos supremos para explicar los temas. Pronto me pareció que mis alumnos, agradeciéndomelo, encontraban excesivo el celo mío. ¿Qué sucedía? Puse atención, y pude ver con asombro que la sola lectura del texto les suministraba idea clara y precisa de cada asunto. Mi labor disminuyó desde entonces. Fuera de algunas nociones de historia de la filosofía, de señalar el enlace de unas cuestiones con otras, de mostrar la trascendencia de algunas y explicar un poco más otras, el curso se hizo en el año con la facilidad de otro cualquiera. ¡Y éste es el coco de nuestro bachillerato!

Esta prueba de experiencia no admite refutación. Textos mejores sobre tan intrincada materia, pueden escribirse; pero hoy no existe en castellano, o al menos no lo conozco, texto alguno que a éste supere en ortodoxia, precisión y claridad, que son las cualidades

supremas en un buen texto didáctico (1). El autor ha ordenado los asuntos y las pruebas con tal arte, que la doctrina forma un solo cuerpo y, cogido un hilo, se desenreda al ovillo entero, de modo que un tema conduce a otro y lo aclara y explica, hasta llegar, por aparentemente fáciles transiciones, deducciones y pasos, al extremo del ovillo.

Y ésta es una de las mayores ventajas del texto que le recomiendo. Porque si el fin de la filosofía es formar un concepto sintético del universo, en el cual se unifiquen todas las ciencias y para que llegue a su colmo natural la semejanza del hombre con Dios, que en una sola idea lo conoce todo, este libro conspira a realizar tan alto propósito. No queda el alumno con ideas descosidas sobre diversos temas, sino con una luz general, que a todos los ilumina; de modo que después de estudiar este libro, o los sabe todos, o no sabe nada.

No vacile, pues, amigo mío, en adoptarlo, para alivio suyo y provecho de sus alumnos; y estoy seguro de que dentro de un año, usted y todos los profesores que sigan mi consejo, se unirán a mí para felicitar al doctor Carrasquilla, como lo hago en estas líneas, por su magistral trabajo y para darle las más sinceras gracias por el alivio que con él ha traído a profesores y estudiantes.

Un reparo, sin embargo, debo hacer, y es relativo a la ética. Materia tan importante para la formación moral de la juventud y como base de los estudios jurídicos, bien requiere mayor desarrollo que el que le ha dado el doctor Carrasquilla. Sobre todo en los últimos capítulos parece como que el autor tuviese afán de terminar. Ojalá encuentre él justificado este reclamo y quiera atenderlo en nueva edición del libro.

Y créame usted siempre su amigo y estimador afectísimo,

MARTÍN RESTREPO MEJIA

(1) Son excelentes los del Cardenal Mercier y los Hermanos Cristianos, pero más recomendables para el profesor que para los alumnos.

